

AZAR O DISEÑO

conversaciones trascendentales

VENTURA

CONVERSACIÓN 2

EL ARGUMENTO MORAL

La ciudad hervía bajo un sol amarillo y perezoso. Las calles olían a asfalto caliente, crema solar y promesas incumplidas. El aire, espeso como una sopa, se colaba por cada rendija, pegándose a la piel con una terquedad ancestral. En una terracita con sombrillas deshilachadas y sillas de metal que ardían como brasas, Tomás y Julián compartían sombra, conversación y sudor. El ruido de los coches se mezclaba con las voces lejanas de turistas y el tintinear de las cubiertas de vidrio al chocar en las mesas. El camarero, con gafas de sol, camiseta sin mangas y una media sonrisa que parecía tatuada, apareció con dos cañas perfectamente frías. Las dejó con precisión frente a ellos y soltó:

—Aquí tienen: dos razones para seguir creyendo en el bien.

—¿Y quién las reparte, Dios o el camarero? —bromeó Julián, levantando la suya con un brillo travieso en los ojos.

El camarero guiñó un ojo y se perdió entre las mesas, como si hubiese lanzado más que una frase al aire. Tomás se tomó su tiempo antes de hablar. Dio un sorbo largo, casi reverencial, como si necesitara enfriarse por dentro antes de meterse en lo caliente.

—Mira, no quiero caer en sermones, pero lo pienso cada vez más —dijo, con tono casi confesional—. Si realmente hay un bien y un mal, si hay cosas que son malas siempre, en cualquier cultura y en cualquier época... entonces tiene que haber una fuente moral más allá de nosotros. Algo que no dependa de nuestras preferencias ni del consenso del momento. ¿Por qué sería objetivamente malo torturar a un niño, incluso si una sociedad entera lo considerara aceptable?

Julián se quedó en silencio. Movié lentamente el vaso, observando cómo giraban las burbujas en el dorado líquido, como si la espuma pudiera resolver dilemas milenarios.

—Porque podemos imaginar el dolor —respondió finalmente, sin levantar la vista—. Porque podemos ponernos en su lugar. La evolución, la empatía, la racionalidad... todo eso ha construido lo que llamamos moral. No hace falta invocar un legislador cósmico. La compasión no necesita dogmas.

—Pero eso no explica por qué deberías actuar bien cuando nadie te mira —insistió Tomás—. O por qué condenaríamos el genocidio incluso si fuera legal, incluso si se cometiera con la aprobación de todos. Si todo lo que nos guía son emociones, instintos o condicionamientos sociales, entonces no estamos hablando de moral, sino de hábitos convenientes. Sin una referencia objetiva, ¿no se reduce todo a gusto personal? ¿Y qué pasa si mi "gusto" es la crueldad?

Julián lo miró con calma, como si ya hubiera pensado esa objeción muchas veces.

—No es gusto —respondió—. Es reconocimiento. Reconocer al otro como semejante, sentir su sufrimiento como si fuera propio. La moral no viene de fuera, sino de dentro. Cuando actúas bien, no lo haces por miedo al castigo divino ni por una recompensa futura. Lo haces porque sabes que es lo correcto. Porque te repugna el daño innecesario, porque tienes conciencia.

Tomás asintió lentamente, pero no cedía.

—Y esa conciencia... ¿de dónde viene? ¿Por qué la tenemos todos, incluso cuando va contra nuestro interés? ¿Por qué hay mártires, personas que mueren por lo que consideran justo, aunque eso no les beneficie en nada? Si fuéramos solo producto de la evolución, buscaríamos sobrevivir, no sacrificarnos. Y sin Dios, no hay nadie a quien debamos obedecer más que a nosotros mismos. ¿Entonces por qué ese impulso hacia lo bueno, incluso cuando duele?

Julián se acomodó en la silla. Las gotas frías de la caña resbalaban por el vaso como respuestas que no acababan de cuajar.

—Porque somos seres sociales, Tomás. Porque vivimos en comunidades donde la cooperación salva y la violencia destruye. El altruismo no es antinatural, es parte de nuestra supervivencia. No necesitamos imaginar una ley moral inscrita en el cielo; está escrita en nuestros cuerpos, en nuestras neuronas espejo. En nuestra historia. La moral se construye en el encuentro con el otro.

—¿Y si el otro no piensa como tú? ¿Y si su historia le dice que está bien lapidar a una mujer o asesinar a un apóstata? ¿Con qué autoridad lo criticas, si todo es producto de su cultura, de su contexto evolutivo?

—Con la autoridad de quien ve el daño y se estremece —respondió Julián, esta vez con más firmeza—. No necesito un mandamiento para saber que la tortura está mal. Basta ver la cara del torturado. La ética no es un decreto; es una respuesta al sufrimiento humano. Es frágil, sí. Pero es real. Y si todos partiéramos de ahí —de lo que duele, de lo que rompe—, quizá no necesitaríamos absolutos para vivir decentemente.

Tomás guardó silencio. Miró el horizonte difuso por las ondas de calor, como si allí se escondiera una réplica inesperada. Finalmente, levantó el vaso.

—Bueno, no te convenzo... pero brindo por que sigamos teniendo este tipo de charlas. Aunque nunca resolvamos nada.

Julián sonrió, chocó su vaso con el de él y dijo con un toque de ironía: "Y por seguir en desacuerdo con estilo."

Ambos rieron, y el sonido se perdió entre el bullicio y las voces de la tarde. La espuma de las cañas se deshacía lentamente, como una tregua efímera. Las sombras se alargaban, el día cedía terreno sin estruendo, y ellos seguían allí: dos hombres, dos ideas, un calor inmenso y una conversación que, aunque sin victoria, parecía la única forma verdadera de acercarse a la verdad.